

PÉTER HAJNÓCZY

LA MUERTE SALIÓ
CABALGANDO
DE PERSIA

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO
DE MÁRIA SZIJJ Y JOSÉ MIGUEL
GONZÁLEZ TREVEJO

BARCELONA 2008



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *A halál kilovagolt Perziából*

Publicado por:

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© The estate of Péter Hajnóczy, Agnès Vegh
© de la traducción, 2008 by Mária Szijj y José Miguel
González Trevejo
© de esta edición, 2008 by Quaderns Crema, S.A.

Todos los derechos reservados:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-96834-75-0

DEPÓSITO LEGAL: B. I.657 - 2008

En la cubierta, *Job raillé par sa femme*, de Georges de La Tour

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composición*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2008*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

«He aquí un espantoso papel en blanco en el que debo escribir», pensó. Se encontraba ya algo mejor; intentaba trabajar.

Había estado borracho desde mediados de julio hasta finales de noviembre, salvo breves interrupciones, y no había escrito ni una sola línea. Poco antes se había enredado en una relación extraña y ambigua con una joven de diecinueve años, una relación que alguien ajeno—con toda razón—hubiera calificado de delirante. Para colmo, aquel asunto se había cobrado mucha sangre, sobre todo la de su esposa y la suya propia: la chica salió relativamente ileso del asunto.

Ahora se dedicaba a hojear las notas tomadas durante la borrachera y a mirar las doscientas setenta páginas pasadas a máquina, y sabía que tendría que tirarlas, que como mucho podría aprovechar uno o dos párrafos, y unas cuantas frases.

«*El trabajo de tres años*».

Ya no le apenaba el tiempo desperdiciado, se limitó a constatar los hechos. Tachó cosas como éstas:

Traje siete botellas de cerveza Steffl y dos litros de vino blanco ligero, y abrí, casi con distracción, dos botellas de cerveza, llené dos vasos, coloqué uno sobre la mesa, ante mi esposa. Á. se bebió la cerveza y, como siempre, lo hizo con gusto, como una persona que, gracias a un indicador incorporado en su organismo desde su nacimiento, nunca bebe más de lo que le sienta bien; o sea, que no se ve obligada a resistir la tentación de beber aunque sea un solo vaso más de lo suficiente. Yo sentía una sincera envidia por Á. y por todos para los que beber o no hacerlo no supone un problema. Por lo que a mí respecta, con el primer vaso me emborracho y me convierto en una persona distinta. Ahora, por un instante, albergué la esperanza de que mi esposa cambiara al tomarse el vaso de cerveza y que me comprendiera, es decir, que me comprendiera y me aceptara sin condiciones, independientemente del estado de ánimo en el que me encontrara. Es realmente curioso—volví a llenar los vasos vacíos—cómo las ideas sobre el alcoholismo suelen impregnarse de unos tintes peculiares, en la mayoría de los casos humorísticos e indulgentes, como si coger una borrachera fuera una es-

pecie de travesura o un jovial pasatiempo masculino, en vez de dolor, suplicio y terror, y lo más extraño es, tal vez, que son precisamente los alcohólicos los que alimentan y mantienen esta idea, los que sienten una especie de extraña satisfacción al recordar los pormenores de sus sufrimientos, una vez superados. «¿Te acuerdas—le pregunté a Á. para mis adentros—, te acuerdas de cuando estuve doce horas seguidas sintiendo que me precipitaba al vacío, como si me hubieran cortado en dos, y quise tirarme por la ventana desde el tercer piso para dejar de sentir por fin la sensación de caída, e iba y venía por la habitación, apartándome de la ventana con sumo cuidado? Me desperté poco antes de medianoche, aún era domingo, aquel día me había emborrachado de lo lindo, pero no pude dormir más de dos horas. Entonces llevabas ya varias semanas luchando conmigo, pasabas las noches en vela, y después de mucho rogártelo—con la frente bañada por el sudor del alcohol—, me traías siempre una última botella de vino; pero aquella noche ya estabas extenuada. Cuando me acosté, me dijiste que te despertara si me encontraba mal. Y, en efecto, te desperté y te rogué que me ayudases de alguna forma, porque me encontraba tremendamente mal. Me trajiste un vaso de vino. Mejor dicho, las tres cuartas partes de un vaso; pensabas que tan poca bebida podría aliviarme. Me bebí el vino y sentí que el alcohol que me mantenía

con vida se vaciaba de mis células con una velocidad alarmante, y me sentí peor a cada minuto que pasaba. Como he dicho, me desperté pocos minutos antes de medianoche, me bebí el vino y tú te dormiste vencida por el agotamiento. Miré el reloj. Me parecía inimaginable poder sobrevivir hasta que la manecilla llegara al número doce. Me precipitaba al vacío. Parecía que los brazos y la lengua se me hubieran paralizado. Y no hubiera sido nada extraño quedar paralizado o delirar; el médico, cuando al cabo de doce horas me puso una inyección, me dijo que podría haberme pasado eso último. Entré en el cuarto de baño, miré, palpé los frascos de colores que se alineaban en el estante de vidrio, pero tú, por precaución, habías escondido los frascos de colonia y de loción para después del afeitado, ya que dos días antes, atenazado por la necesidad, había llegado a beber colonia y loción. Luego, corriendo y sudando, salí del cuarto de baño, crucé la habitación y miré el reloj, volví al baño para buscar los frascos de colonia y de loción, por centésima o milésima vez. Como si alguien balbuciera dentro de mí que mientras pudiera caminar, moverme, no me ocurriría lo peor. Tú dormías y no me atrevía a despertarte; aunque sabía que tenías escondida una botella de vino, no me atrevía a tocarte el hombro para que me la dieras, me horrorizaba la idea del fracaso, de que no entendieras cuánto lo necesitaba. Temía más ese fra-

caso que la caída constante, que quedar paralizado o morir. Así que seguí navegando una y otra vez entre la habitación y el cuarto de baño, movido por la loca esperanza de encontrar en el estante mil veces inspeccionado, detrás de un tubo de pasta de dientes o de una sombra de ojos, una colonia de Givenchy o la loción de afeitar... Tenías que haber intuido cuánto sufría, porque quizá fuera ése precisamente el objetivo de mi sufrimiento, que lo entendieras, y no quedarme solo; era tu compasión lo que echaba de menos, que aprobaras mi sufrimiento, que fueras testigo de éste.

*Let four captains
Bear Hamlet, like a soldier, to the stage;
For he was likey, had he been put on,
To have prov'd most royally: and, for his passage,
The soldiers' music and the rites of war
Speak loudly for him.
Take up the bodies: such a sight as this
Becames the field, but here shows much amiss.
Go, bid the soldiers shoot.¹*

¹ «Cuatro de mis capitanes lleven al túmulo el cuerpo de Hamlet con las insignias correspondientes a un guerrero. ¡Ah! Si él hubiese ocupado el trono, sin duda hubiera sido un excelente Monarca... Resuene la música militar por donde pase la pompa fúnebre, y hagánsele todos los honores de la guerra... Quitad, quitad de ahí esos cadáveres.

Una voz enloquecida me soltaba al oído las palabras de Fortinbras, más y más rápido, como queriendo mitigar aquella otra voz que me aguijoneaba: “¡Tírate por la ventana!”, pero es posible que sólo quisiera burlarse y mofarse de mi miserable condición. Luego, años después, amaneció y sentí cierto alivio; mejor dicho, no me encontraba tan mal como durante la noche. Aquel día, el médico empezaba la consulta a las once y media, de modo que tuve que esperar hasta entonces para que me pusiera la inyección. Cuando despertaste, ¿recuerdas, verdad?, te supliqué que me dieras un poco de vino—me hubiera conformado con medio litro—, traté de explicarte que el sufrimiento que provocaba la falta de alcohol me consumía más que el daño que producirían una o dos copas de vino, pero tú te aferraste sólidamente a tus principios, claro está, todo en bien de mi salud...

Los hechos parecían probar que tú tenías la razón: había logrado soportar doce horas de mareos y sensación de caída, de terror a la muerte; lo había soportado, y después me pusieron la inyección. Más tarde, por la noche, en efecto me sentí mejor.

Espectáculo tan sangriento, más es propio de un campo de batalla que de este sitio... Y vosotros, haced que salude con descargas todo el ejército». (Versión de Fernández de Moratín).

«*Tal vez Rákoscsaba*».

Entonces no vivía de escribir, sino que trabajaba de peón—no se acordaba del nombre exacto de la empresa constructora—, ayudaba a albañiles, vivía en un cuarto que le alquilaba una señora mayor, en los confines del barrio de Rákoscsaba, en una cocina que además no tenía calefacción. Era un invierno especialmente frío; por las mañanas, para poder lavarse, tenía que romper con el puño la capa de hielo que se había formado en la palangana. Resultaba extraño pensar que entonces Á. tan sólo tenía trece años, y ahora cada mañana era ella quien le hacía tomarse las pastillas Anticol, tras las cuales no conviene tomar bebidas embriagantes. Con una leve autoironía, pensó—después de una conferencia dictada por un médico especialista—que era capaz de describir con toda exactitud el proceso:

El hígado es el órgano que descompone el alcohol. Una de las fases del proceso es la formación de acetaldehído. En condiciones normales, la enzima denominada acetaldehído de hidrogenasa continúa el proceso. El Anticol bloquea esta enzima que así no es capaz de continuar la asimilación del aldehído, con lo que éste se acumula en el organismo y causa síntomas

de intoxicación. Cae la presión arterial, se dilatan los capilares de la piel, el paciente experimenta sudoración, temblor y taquicardia; la presión sanguínea puede caer hasta el extremo de que el paciente sufra un *shock*.

En pocas palabras: se fugó de casa de los H., una familia destruida que aún conservaba en la memoria el recuerdo de su antigua forma de vida ostentosa. Con dieciocho años, se casó con una puta siete años mayor que él. El matrimonio no tardó en malograrse. Ahora vivía con esa vieja de setenta y ocho años que no tenía más compañía que él y un periquito maloliente cubierto de heridas abiertas. Él, por su parte, no mantenía relación con nadie. La mayoría de sus compañeros de la infancia estudiaba una carrera y no hubiera aceptado relacionarse con un peón que vivía en un cuarto alquilado y que —descontando sus lamentables experimentos literarios— no hacía nada para labrarse un futuro; ni siquiera había conseguido terminar sus estudios de bachillerato, que había empezado en un curso nocturno. En cambio, leía mucho, con un gusto exquisito: buena literatura. No tenía con quién conversar; con los carpinteros, albañiles, fontaneros y pavimentadores, desde

luego, no podía discutir sobre Kleist o Martynovics. Ellos, por su parte, lo consideraban torpe y patoso; es cierto, no era un buen obrero. No lo admitieron entre ellos, apenas lo toleraban en la taberna al terminar la jornada o en los días de paga.

«Esta mañana, Á. se ha olvidado de darme el Anticol. Igual que ayer».

Contemplaba la idea con precaución: «Una sola botella de vino, nada más. No de las que venden en la tienda de comestibles, que es alcohol mezclado con productos químicos y agua, sino vino regional». (Ya estaba abierta la taberna más próxima; se encontraba cerca de su casa, a seis o siete minutos andando).

Se le hizo la boca agua. Apoyó los codos sobre el escritorio y encendió un cigarrillo. Al mismo tiempo, el terror que le daba volver a beber le puso la piel de gallina. Para vencer la tentación, trató de recordar el mareo, y aquella sensación de caer que había durado doce horas. Aunque hoy llegara a beber un poco—negociaba consigo mismo—, mañana no lo haría y se tomaría el Anticol. Entonces no habría ni mareos ni sensa-